



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10778

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 8 DE OCTUBRE DE 1897

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagüe. Especialidad en cables y cuerdas de abacá, acero y hierro

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquina ria.

LOS LIBROS DE TEXTO

EN LOS INSTITUTOS

Hoy que tenemos nuevo ministro de Fomento, vamos por considerarlo tan de actualidad como cuando lo escribimos, a reproducir un artículo publicado en EL ECO del 7 de Julio de 1893.

El mal que entonces denunciábamos va en aumento. Tiempo es ya de combatirlo y si los Ministros ó los Directores generales de instrucción pública no atienden a un asunto de tanta importancia los padres de familia y acudan si es preciso á las Cortes.

He aquí el artículo en cuestión que nuevas y fundadas quejas expuestas en esta Redacción en estos días nos hacen sacar de nuevo á luz.

Más de una vez se han ocupado los periódicos de Madrid de este asunto, y claro es que cuando aquellos no han conseguido corregir el abuso de que vamos á hablar, apesar de la gran influencia que tienen sobre la opinion y sobre los mismos gobernantes, mu-

cho menos lo conseguirán estos humildes artículos; pero bueno es denunciar estos hechos un día y otro, pues puede suceder que esta gota acabe por horadar la piedra.

No hay en nuestras Universidades ó Institutos libros de texto señalados para estudiar las asignaturas; así es que cada profesor se encuentra en libertad de explicar sus lecciones por el que sea de su agrado; este es el origen del mal.

En vez de considerar cada profesor su Cátedra como un elevado puesto al que ha subido por sus propios méritos (ó los ajenos no pocas veces) para ocuparse de la instrucción científica de sus alumnos, considera aquella como una finca a la que hay que hacer producir los mayores rendimientos posibles. No le basta ver que en país tan pobre como el nuestro, el catedrático es quizá el servidor del Estado que está mejor retribuido; no le bastan los 12.000 reales con que ingresa (que el militar que absorbe el presupuesto, solo alcanza á los 15 ó más años de servicio); no le bastan los aumentos de sueldo cada cinco ó diez años (que en ninguna carrera se conceden), no le bastan los derechos de examen que bien representan un suplemento de un 25 por 100 de su sueldo; todo esto les parece poco á esos señores y necesitan estrujar mas la ubre de esa vaca que los alimenta, y que en este caso se halla representada por los padres de sus alumnos.

El medio de corregirlo es muy facil; se escribe un libro de texto, que todos los alumnos de aquella asignatura tanto oficial como de enseñanza libre se ven obligados a comprar bajo pena de excomunion mayor ó sea de suspensión de curso. Ya pueden saber más geografía que Malte-Brun ó Bruce, más latin que Nebrija, más química que Lavoissier; es menester contentar por el libro de texto, no por que este descubra al alumno nue-

vos horizontos de la ciencia, que no veria en los demás autores, sino porque si el alumno no estudia por él no lo compra, y si no lo compra, claro es que falta ese ingreso en el bolsillo del profesor: la ciencia reducida á negocio.

Pero dira algún cándido; ya que sea necesario comprar un libro dado, puesto que por alguno hay que estudiar ¿por qué no ha de ser el del profesor de la asignatura, que estara escrito con arreglo á su propio criterio?

En primer lugar porque todos esos libros de texto no son sino extractos y recopilaciones mal hechas de autores que valen mucho más que sus copistas. ¿Qué nuevos continentes, qué islas, qué astros, qué naciones habra encontrado para su geografía el catedrático de esta asignatura en cada uno de los institutos de España en los que esta explotación de los alumnos se lleva á cabo?

En efecto, el libro de texto no contiene nada nuevo, pero en cambio, seguirá diciendo D. Cándido, será más económico para el alumno y eso sale ganando éste. Tal podría suceder, pero desgraciadamente sucede lo contrario; este libro está impreso en papel de periódicos con lo cual el alumno, nada cuidadoso, por lo regular, suele destrozarse el libro antes de terminar el curso, viéndose en la necesidad de comprar un nuevo ejemplar; negocio por partida doble. El precio es elevadísimo en estos libros de texto teniendo en cuenta tanto el valor científico como el material del libro. Cuando vaya analizando algunos de los que hoy andan en manos de los alumnos, haré ver que, libros cuyo valor, no llega á una peseta, hay que comprarlos por cinco.

Todavía hay otro medio de explotar el negocio. Cuando un profesor que ha hecho una edición de su libro ve agotada ésta, crearán ustedes que en bien de sus alum-

nos y con objeto de que los que tengan ejemplares de la edición agotada puedan aprovecharlos, hacen una nueva igual á la primera? Pues no es así; varían el texto lo suficiente para que tengan los discípulos necesidad del nuevo libro; y el padre que tiene tres hijos á quien dar carrera, ve con dolor de su bolsillo que la Historia de España que estudió el primero, no sirva para el segundo, ni la de éste para el último. Y ahora repetiré mi pregunta de antes. ¿Qué nuevo Rey habrán añadido á la cronología de los nuestros, esos insignes catedráticos, para que haya necesidad de variar las ediciones en cuanto se agotan?

Ya sé que este artículo excitará la indignación del profesor á cuyas manos llegue, pero en cambio sé que lo leerán con agrado muchos padres, que á costa de grandes privaciones tratan de dar una carrera á sus hijos, y ven á los que se llaman Sacerdotes de la Ciencia convertidos en usureros sin conciencia.

Z.

Baños de Busot.

Sr. Director de EL ECO.

Mi querido amigo:

Cumplo mi promesa dando á Vd. algunas noticias, de este renombrado balneario.

Acuden á él la sociedad más distinguida de Alicante y pueblos de su provincia, que tienen en la bondad salubridad de las aguas de Busot y en la sanidad de los aires que en este sitio se respiran, la fé más ciega.

El establecimiento, recientemente construido por el Sr. Marqués del Bosch, un aristócrata de rancio abolengo, que á sus muchos títulos hay que agregar el muy honroso conquistado por una asombrosa actividad puesta siempre al servicio de alguna empresa útil, es un edificio soberbio, construido con verdadero derroche de lujo, y cu-

yas dificultades de ejecución, verdaderamente asombrosas en estos sitios, por las que oponen la conducción de materiales, se han vencido con una rapidez y con una constancia mercedoras de admiración.

El edificio, que es un precioso Chalet, de tres cuerpos, puede contener cómodamente instalados, hasta doscientos bañistas.

Los suelos de habitaciones y pisos de todas las dependencias, sin excepción, son de mármol procedente de las canteras de Macael. El mobiliario, de lo más cómodo y confortable, y la nota característica resulta la de la más estremada limpieza, dejándose ver en esto, como en todos los servicios que están á cargo de la administración del balneario, la mano inteligente de D. Eugenio López Mesa, que por espacio de 22 años ha ejercido el cargo de Administrador en los celebrados baños de Ardena.

La amplia y monumental escalera de dos brazos, toda de mármol con magníficas balaustradas de la misma piedra, que conduce á las habitaciones de los pisos superiores, es una magnífica obra que pone de relieve la competencia y buen gusto del ingeniero y arquitecto autor del proyecto y director de la obra, señor Faria, al cual se debe el proyecto de alcantarillado que habrá de utilizarse para el saneamiento de esa ciudad.

La mesa está á cargo de Richard, y los más exigentes resultan satisfechos. En este particular, es lo cierto, que Richard, que por tanto tiempo tuvo á su cargo el restaurant de ese Casino, cumple á la perfección su cometido.

Cerca del edificio principal, formando con éste ancha avenida, se encuentra una estensa plaza rectangular y en el centro del lado mayor levántase una bonita capilla.

Tres lados de la espresada plaza lo forman edificios de igual altura compuestos de piso bajo y principal, los cuales, convenientemente amueblados, se alquilan con independencia completa del establecimiento donde se encuentra el balneario.

Llenan estos edificios familias de Alicante y pueblos cercanos que utilizan las bondades de las aguas, gozan de las delicias de estos encantadores sitios

CARLOS II EL HECHIZADO

884



—Nos hemos salvado, dijo Leon Bravo, como si no hubiese pasado nada.

—¡Viva España! gritó el conde de Santisteban con su habitual alegría.

En aquel momento sonaban las cuatro de la madrugada en los relojes de la capital.

CAPITULO XLVIII

EN EL QUE PALOMINO SUSPIRA, ARCABUZ CANTA Y EL DOCTOR CORNEJA RECITA LATINES

Ya principiaban á titilar los primeros destellos del día sobre las torres de Madrid: algunas campanas agudas entonaban el cántico matinal sobre el profundo silencio que reinaba en la espaciosa villa; sentíanse fugitivos rumores; escapábanse sordas emanaciones que se perdían en lontananza como esos suspiros fatigosos que exhala el cuerpo humano cuando lucha con la pesadez del

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 885

tinguirse perfectamente; se tentaron con escrupulosidad por si se hallaban heridos, y cuando notaron que estaban sanos y salvos dieron ensanche á sus corazones y alegría.

El sol se presentó en un cielo despejado y con su salida principiaron las conversaciones.

—Hemos hecho una retirada magnífica, dijo el conde de Santisteban y oreo queda escarmentado el señor Asima para volver á meterse con nosotros.

—¿Lo creéis así? preguntó el capitán Leon.

—Como un artículo de fé.

—No es ese mi parecer.

—¿Opináis de otro modo? preguntó Ernesto de Monte-Azul.

—Sí.

—Y yo tambien, observó Martín Alvarado.

—Veamos, veamos, instó el conde de Santisteban aproximando su caballo al del capitán Bravo.

La retaguardia que iba compuesta por Arcabuz, Corneja y Palomino, procuró unirse al centro por oír mejor una conversación tan importante.

—Pues señores, dijo el jefe de la expedición; lejos de concluir aquí la lucha, se puede decir que ha principiado.

—¿De verás? preguntó Monte-Azul.